



“la Nativitat”

ESGLÉSIA EVANGÈLICA BAPTISTA

Hace unos dos años, al hablar de crisis teníamos en mente el momento decisivo de una enfermedad en el que el asunto era recuperación o muerte. En estos días lo que la sociedad entiende por crisis se ha desplazado a la economía. La realidad para muchísimos es sobrevivir, empobreciéndose, rebajando drásticamente su nivel de vida, con el peligro añadido de que las deudas contraídas en tiempos de esplendor nos acompañen el resto de nuestra vida.

Los que se creyeron ricos y entregaron su vida a los dioses que prometían bienestar material, cimentados en el tener y consumir, renegarán de ellos lamentándose de ser víctimas de un destino injusto. Sobre todo, cuando una minoría sorteaba la crisis sin más consecuencia de que su fortuna haya disminuido un poquito. La pérdida de fe en esos valores hará la herida aún más dolorosa.

Pero es Navidad y podemos recuperar la esperanza. Porque el nacimiento de Jesús en Belén nos anuncia que el futuro está en nuestras manos. Que Dios no es un falso dios voluble y caprichoso que se divierte buscando nuestro mal, provocándonos sufrimiento, sino que muy al contrario, Dios nos ama y reconoce nuestro legítimo anhelo de bienestar y felicidad.

El nacimiento de Jesús pone en marcha el plan de Dios de defender, asegurar y potenciar la vida y dignidad de los seres humanos, y de forma relevante la de los más débiles, pobres, enfermos marginados. De manera, dirá Jesús (decir de Dios), que el derecho de propiedad y el poder de los financieros tienen que estar siempre supeditados al servicio de la vida y dignidad de las personas y que, cuando no es así, es diabólico y contrario a Dios. Por eso, serán derrotados y condenados.

Ya se vislumbra en tus ropitas de bebé,
que con esmero tus padres te han vestido,
las ropas ensangrentadas,
tu cuerpo desnudo torturado,
tu horrible cruz.

Ya se vislumbran entre la alegría de los pastores
y regalos de los magos,
el coro de los herodes,
la sentencia de los jueces,
la condena de los sacerdotes.

Ya se vislumbra entre las nanas amorosas de tu madre
la voz consoladora.
La voz poderosa de Dios tu Padre
proclamando eternamente:
Tú eres mi único Hijo bienquerido,
Tú y solo Tú eres Yo.
¡No temas, niño querido!

AAM